



# El dulce vicio de escribir



Alfredo Bryce Echenique. Lima - Perú. 1939. Escritor con vasta producción en novela y narrativa. "Si recordar es volver a vivir, compartir los recuerdos es multiplicar generosamente tal posibilidad. Y esto es lo que sucede con "Doce cartas a dos amigos", delicioso conjunto de textos que rememora algunos de los periplos de ese impenitente nostálgico de zapatos vagabundos que es Alfredo Bryce Echenique". Publicamos en esta edición la segunda y última parte de "El Nóbel y otras historias".

## El Nóbel y otras historias

(Continuación)

No sé por qué se me ocurre ahora pensar en Augusto Monterroso, ese extraordinario escritor guatemalteco exiliado en México hace ya varias décadas. O mejor dicho, sí sé. El gran Monterroso estuvo de paso por Madrid, hace unos meses, y comió en casa. Estaba asombrado porque había descubierto que su nombre figuraba entre los candidatos a un importante premio literario que se falla cada año en España. Yo le dije que lo encontraba lógico, pero él me explicó las razones de su asombro. Normalmente, son las academias de la lengua o los gobiernos de cada país los que proponen a los autores para ciertos premios de envergadura internacional. Este en cuya lista de candidatos figuraba era uno de ellos. Y jamás el gobierno o la academia de su país iban a proponerlo, por obvias razones de exilio y, también, por la sencilla razón de que reservaban sus opciones para "escritores amigos", por decirlo de alguna manera.

Pueden ver, pues, ustedes, cómo funcionan a veces las cosas. O simplemente cómo funcionan también las cosas. Bueno, pero tal vez debo ya empezar a terminar esta carta, porque la noche avanza y no quiero convertirme en un reo de nocturnidad, sinónimo que empleo yo para la palabra insomnio, de tan triste recordación para mí. (El filósofo Emile Cioran afirma que "el insomnio sistemático es algo así como un aperitivo del infierno"). Pero también creo que debo contarles algunos episodios del delicioso viaje a Estocolmo que hice en octubre del año pasado. Agotaría sistemáticamente el tema del Nóbel (hasta donde lo conozco, al menos), un premio que para algunos puede convertirse también en algo así como un aperitivo del infierno.

Viajé a Estocolmo con el gran periodista y escritor español Manuel Vicent y con Pilar, su esposa. Me saltó íntegra la belleza de la capital de Suecia en aquel otoño indian summer, veranito de San Martín y todo. Esto, algunas personas, gracias al matrimonio Landelius y a su hijo Enrique O'Farril, el Gran Hotel, un atento embajador peruano, el reencuentro con una vieja amiga de París, siete mil puentes y alguna excursión "a través del río y entre los árboles", son algo muchísimo mejor que un premio Nóbel. Ah, y mi traductora. Ah, y mi inefable conversación con un muy antiguo miembro de la Academia Sueca.

Se presentaba una novela de Manolo Vicent, otra mía, y otra del inmenso Julio Cortázar. Nada menos que Rayuela. ¿Se dan cuenta de la injusticia? Recién se traducía Rayuela al sueco. Rayuela, una novela que, el año del rey pepino en que se publicó, hizo que un crítico del Times Literary Supplement hablara de la novela del siglo, o algo así. Pero passons, como dicen los franceses, en vista de que no hay Nóbel póstumo. Las tres novelas estrenaban una colección llamada El Dorado, dirigida por Peter Landelius, diplomático sueco y universal, persona culta y sencilla, y traductor Nóbel, también, puesto que fue él quien tradujo a García Márquez. Con Peter, su esposa y su hijo, aprendí muchísimo en Estocolmo.

Aprendí, por ejemplo, que el Premio Nóbel puede atribuirse dos o más veces a la misma persona, algo que sin duda mucha gente ignora. Pero no lo ignoran todos los ganadores del Premio Nóbel, porque no faltan algunos que se mueven y remueven para volverlo a ganar. Los esposos Curie ganaron el Premio, pero ella, Marie, dupleteó. Y parece que a Thomas Mann también se lo iban a dar por segunda vez,

pero se murió por primera vez. And so far. De García Márquez también me contaron alguna anécdota divertida. Le consintieron recibir su tan merecido Nóbel con el traje nacional (¿liqui liqui?), en vez del clásico frac. Hay, pues, un precedente ya y, atención peruanos: se puede ir con poncho. También quiso el gran Gabo, según me contaron, que en la fiesta posterior a la entrega del galardón actuaran 80 maestros cumbieros (de cumbia) de su Colombia natal. El rey aceptó, pero Suecia es una monarquía constitucional y el Parlamento vetó la propuesta real.

La última noche, en la embajada de España. Tuve mi inefable conversación con el académico sueco. Un viejito encantador y con gran sentido del humor y del whisky. Empezó diciéndome lo lindo que sería jubilarse de una vez por todas de la Academia, no tener que batallar año tras año con la concesión del Nóbel, escribir un libro sobre lo increíble que puede ser la concesión del Nóbel, y ganar, sin duda alguna, el Nóbel, por su contribución al enriquecimiento de la novela histórica, política, económica y intrínseca. Y terminó diciéndome que había algo que él realmente jamás había logrado entender. ¿Cómo era posible que un país tan alejado y rico como el suyo, con un nivel de vida tan alto como...? ¿Cómo era posible que...? ¿Cómo era posible que nueve millones muy escasos de suecos (que, en realidad, incluyen también lapones y finlandeses, señor... ¿Cómo me dijo que se llamaba usted?), que leían poco, que hablaban lenguas que nadie habla y que no hablaban lenguas que todo el mundo habla, pudieran decidir, cada año, cuál era la mejor novela del universo mundo y parte de Mauritania...? Borges tenía razón, señor... ¿Cómo me dijo que se llamaba usted...? Tenía toda la razón. El premio Nóbel es un mito sueco, nórdico, algo así como una leyenda escandinava. Interviene para decirle que a Borges no le habían dado el Nóbel que tanto mereció, y el encantador viejito alzó su vaso para brindar y, de paso, para indicarle también al mozo que se lo volvieran a llenar. Luego se le llenaron a él los ojos de lágrimas y le dijo al viento que Borges se merecía otra cosa, algo que no se daba ni en Suecia ni en ninguna parte.

¿Y los que rechazan el Nóbel?, le pregunté. Sí, los hay, señor... ¿Cómo me dijo que...? Sartre, por ejemplo. Es un caso supremo de vanidad y nada más. Es como darle un nuevo sentido a aquello de "vanidad de vanidades", en este mundillo literario que ya es una feria de ello... Es cierto, le comenté al viejito, agregando: "Hay que ser generoso a la hora de dar. Pero también hay que saber ser generoso para recibir".

La frase es mía, queridísimos Maruja y Ramón, o sea que pueden incluirla en el título de Carnets en que recojo frases mías o ajenas, con las que resultado inteligentísimo y tan culto como penetrante cuando me aburro en una reunión. And that is all, folks. Me he alargado sistemáticamente y las horas de reposo se han acortado ídem. Queda el consuelo de haber estado con ustedes de alguna manera.

Besos y abrazos de

ALFREDO

P.S. Me olvidaba. Según Engels, hay gente que es muy conocida por su fama... (de mis Carnets).

